

UN NUEVO LIBRO SOBRE LA CULTURA POPULAR EN LOS PESCADORES DE ÁGUILAS:

**JUAN RUIZ PARRA: EL MUNDO SIMBÓLICO DE LOS PESCADORES
DE ÁGUILAS, MURCIA 2009, ISBN: 978-84-613-3272-4**

J. Ruiz Parra

Durante el curso 2007/08 llevamos a cabo un trabajo de investigación relacionado con las creencias que los pescadores de Águilas albergan en torno a su oficio. Para este fin, la Consejería de Educación nos concedió una ayuda enmarcada en la convocatoria de Proyectos de Investigación e Innovación Educativa para niveles no universitarios. El pasado verano vio la luz en formato libro.

La elección de este sector para llevar a cabo un estudio antropológico descansaba en la premisa de que el mecanismo psicológico de creación de ideas de carácter mágico opera intensamente en contextos de estrés emocional. Teníamos el convencimiento de que el mar, siempre cambiante y con fuerzas incontrolables, era un medio propicio para la existencia de este tipo de pensamiento. La magia o lo sobrenatural suele comparecer cuando la capacidad racional de un individuo es insuficiente para enfrentarse a una situación determinada, y tiende entonces a trascender la realidad circundante. En un contexto vital de peligro e incertidumbre como muchísimas ocasiones es el del mar, este mecanismo se intensifica. Podría decirse entonces que los pescadores ponen magia allí donde posan su mirada.

La obra, que fue presentada el pasado 18 de julio en el Casino de Águilas, constituye un esfuerzo por sistematizar el conjunto de ideas y conocimientos de orden sobrenatural que los pescadores de la localidad albergan en torno a su oficio. Cuando un barco de pesca suelta amarras y se adentra en el mar, no sólo navega con los pertrechos para faenar y una tripulación curtida y experimentada: también atesora en el corazón y en la mente de los marineros las tradiciones, los ritos, las creencias mágicas... que nacieron hace miles de años con las primeras culturas mediterráneas y que, de una forma misteriosa, han llegado a nuestros días.

Los medios utilizados para captar la información consistieron en pasar unas encuestas en los centros educativos y, fundamentalmente, en mantener conversaciones con los propios pescadores y sus familiares. Cuando se dio por concluida la labor de recopilación, el material obtenido se clasificó atendiendo a dos ejes: historias o leyendas con componentes sobrenaturales y otros aspectos. Estos últimos se dividieron en apartados temáticos (La Virgen del Carmen, diosa del mar; Meteorología; El Mar y la Salud; Signos y acciones propiciatorias –de buena y mala suerte–; Seres fantásticos...), que fueron concebidos a priori en base a la bibliografía seleccionada, aunque la concreción definitiva de las distintas secciones sólo pudo establecerse tras el estudio detallado de la información.

Acompañando a las ideas expresadas por los propios pescadores, el trabajo contiene una sección –Análisis– con explicaciones teóricas sobre aspectos reseñables desde el punto de vista de la Antropología. Ambas perspectivas son importantes porque la versión que aporta un informante lo hace normalmente desde una visión llamada *emic*, es decir, situado en un plano vivencial y sin capacidad analítica sobre su propia conducta. El enfoque *etic* se refiere a la interpretación científica que realiza el investigador aplicando una base teórica a esa misma conducta. La metodología, por tanto, es de tipo cualitativo; es decir, se excluye totalmente cualquier expresión numérica. La naturaleza de este tipo de material exige una interpretación histórica y de etnología comparada para establecer paralelismos y correlaciones con otras culturas.

Así encontramos que, a determinados comportamientos de los pescadores, se intenta a veces dar una explicación naturalista a una idea de orden místico. Podría pensarse que del canto de ciertos cetáceos provienen creencias que defienden la existencia de monstruos marinos. Sin embargo, el fenómeno es mucho más complejo y está relacionado con la ancestral convicción de que en el mar existen seres fabulosos. En la época Clásica, el Thíasos –o cortejo de los dioses marinos– estaba formado por sirenas, ictiocentauros, hipocampos... Lo asombroso reside, no en que existan o no las sirenas, por ejemplo, y su canto se escuche en la lejanía, sino en que un colectivo cuyos conocimientos son adquiridos casi exclusivamente por tradición oral, siga creyendo en su existencia. Aunque se ha pretendido hacer un estudio científico-antropológico, debe aclararse que los agentes sociales, en este caso los pescadores, continuamente “*novelan*” el mito, el relato maravilloso, que siempre está en permanente transformación.

Quizá el fenómeno llamado en Antropología supervivencia sea el más llamativo de los que hemos identificado. Se trata de una acción que sigue ejecutándose mecánicamente a través del tiempo, casi siempre con sentido olvidado, pero que originariamente tenía una finalidad muy diferente a la que se le atribuye en la actualidad.

Como ejemplo de supervivencia aportamos el ejemplo de la peripecia personal de un pescador de edad avanzada. Hace más de cuarenta años, en medio de un fuerte temporal, pudo salvarse de naufragar ejecutando con sus compañeros una acción

determinada. Ésta acción consistía en arrojar aceite por la popa para evitar que las olas inundaran el barco, según el principio físico de la diferente densidad de los líquidos. Según me explicó, al quedar en la superficie, el aceite aplacaba el embate de la ola. La embarcación tenía 7 u 8 metros de eslora y así recorrieron más de treinta millas hasta llegar a puerto. Al preguntarle que cuánto aceite llevaban, me contestó que no mucho, pues el barco era pequeño. Como es natural esta información nos produjo extrañeza, pues la eficacia que podían obtener era más que dudosa.

Más tarde, revisando la bibliografía seleccionada, encontramos un hecho sorprendente: antiguamente los navegantes musulmanes, para aplacar la cólera de los genios marinos, les realizaban ofrendas arrojando aceite también por la borda. Aunque la conexión entre ambas conductas será siempre una mera conjetura, parece más que razonable pensar que lo que en un principio era un comportamiento estrictamente religioso ha llegado secularizado hasta nuestros días.

El espacio disponible en este artículo sólo hace posible una breve exposición —por lo que debemos soslayar por completo el análisis que siempre acompaña a cada apartado—, pero podemos reseñar a modo de muestra de este particular universo mental que los pescadores consideran que da buena suerte llevar a un cornudo embarcado, en la misma medida que colgar en el barco a modo de grímpola un tanga usado de alguna mujer con la que se ha estado. También una jarcia (red) les traerá fortuna si en ella ha orinado una mujer, así como echar al mar el primer pescado que se captura. Poner una moneda en la base del mástil cuando se construye el barco, llama a la ganancia.

A un pescador nunca le deben tocar las redes, ni recibir sal sin dar nada a cambio y tampoco recibir felicitaciones por una faena abundante si no quiere que la suerte le deje de lado. Evita siempre que puede cruzarse con un cura o una monja y jamás dejará boca arriba los cuarteles del barco o los baldes de agua. La mujer de un pescador sabe que si barre la casa de dentro para afuera, le saca a su marido los peces del arte.

La piedra jaqueca y la que llevan las corvinas en la frente quitan el dolor de cabeza, por eso es común que los pescadores y sus familiares las engasten para llevarlas en colgantes y pulseras. Del mismo modo saben que cuando las gaviotas se posan en el mar, dirigen el pico hacia donde soplará el viento. El refrán “Gaviotas en el huerto, temporal en el puerto” es un saber incontestable para ellos, por eso están muy atentos a su vuelo. El pájaro que llaman la poera o la chulí por el sonido que emite —nadie lo ha visto nunca— les anuncia un levante recio, al igual que cuando ven el Fuego de San Telmo.

El lector sin duda se asombrará al comprobar que aún es posible escuchar el canto de las sirenas o ser devorado por la temible Bicha del Fraile, ver a un marinero haciéndose cruces porque una bruja le ha desbaratado los pertrechos del barco...

Se han obtenido asimismo algunos relatos muy interesantes. El interés de cada uno de ellos reside en aspectos diferentes. Por simplificar, podría decirse que la

narración en la que unas brujas sustraen un barco por la noche a unos pescadores en la playa de Calabardina, es la que presenta elementos más sorprendentes. Según el análisis que hemos realizado, es un cuento que ha sufrido, en palabras de Julio Caro Baroja, un proceso de localización y personificación –del mismo modo que ha ocurrido con otras muchas aportaciones–; es decir, procedente de otro lugar, ahora es protagonizado por pescadores de Águilas y el escenario se ha particularizado. Por otra parte, podemos decir que se trata de un relato que refleja el viaje imaginario del alma del neófito al más allá durante el rito de iniciación.

Estas y muchísimas otras creencias de naturaleza mágica les sirven a los pescadores para ordenar su comportamiento y situarse en el mundo. Sean o no contrastables empíricamente, sus creencias les dan seguridad y les permiten reaccionar ante eventualidades de muy diversa naturaleza.

Esta interesante información la obtuvimos tras muchas horas compartidas con los pescadores, charlando en torno a un café o sentados en un banco del puerto –el muelle, como les gusta llamarlo a ellos–. Aunque la conversación tenía siempre una carta de navegación muy definida, era inevitable que muchas veces habláramos a la deriva, sin rumbo fijo. En esos momentos se dejaban arrastrar por su pasión por la pesca y por el recuerdo de las mil vicisitudes vividas durante la faena.

A título personal, la experiencia, más allá del interés inicial de registrar la información buscada, nos ha servido para conseguir amigos y conocer mejor una profesión extremadamente dura. Lo habitual es que un pescador se embarque siendo aún niño y no entre en dique seco hasta la edad de la jubilación, con unas jornadas de trabajo que empiezan al amanecer pero no se sabe cuándo acaban. Ignorar si ese día habrá ganancia, y también si el siguiente o el siguiente, imprimen cierto estoicismo ante la vida. Este conocimiento adquirido se transformó pronto en respeto por una gente sin dobleces, y con una inteligencia práctica e intuitiva forjada en íntimo contacto con el mar.

El mar –ellos siempre dicen la mar– determina un modo de ser que es, en cierto sentido, un reflejo de su carácter: duro unas veces, poético y amable otras. Un medio con un potencial de experiencias tan vasto, no puede más que imprimir en quien lo disfruta y lo sufre esa misma ambivalencia. La mar va con la verdad por delante: quien se adentra en ella siempre sabe lo que encontrará, sin más condicionantes que el temple y la sensatez que se tengan.

A los que ya son pensionistas, es seguro encontrarlos por el puerto moviéndose alrededor de los barcos como si su partida fuese inminente. Ayudan a quienes aún están enrolados enmendando redes, encarnando los palangres o vertiendo en sus oídos la sabiduría atesorada en mil y un avatares. A veces se les ve dirigir al horizonte una mirada nostálgica que su sobriedad nunca les permitirá confesar.

Los pescadores han olvidado muchos mitos y creencias relacionados con el mar. Aun los que tienen más edad apostillan con un “Decían los mayores...” cuando dan la información de un hecho que no han protagonizado ellos mismos. Siguen com-

partiendo símbolos y supersticiones, pero las narraciones universales, las que han sido contadas tradicionalmente por la comunidad, casi han desaparecido. Conservan sin embargo una marcada inclinación por la creación de relatos y demuestran poseer un buen pulso narrativo, en el que utilizan un vocabulario rico y expresivo, una jerga que sólo ellos dominan. La retórica inherente a la leyenda clásica se encuentra ahora en la descripción de sus propias peripecias; también la visión mágica del mundo que había en aquella se ha incorporado a la narración personal.

En la actualidad, la industria pesquera en Águilas, y en general en toda la cuenca del Mediterráneo, ha sufrido una drástica recesión. Las capturas han disminuido alarmantemente y, en consecuencia, el número de barcos de la flota. Este hecho, unido al poco atractivo que ejerce un oficio tan sacrificado, ha provocado que empiecen a mirar tierra adentro los miembros más jóvenes de las tradicionales familias de pescadores, en cuyo seno se podían rastrear numerosas generaciones dedicadas únicamente a la faena en el mar. Ya no es el mismo el ambiente marinero que se respira en la localidad. Pretendemos que el libro *El mundo simbólico de los pescadores de Águilas* —que vio la luz el pasado verano— sirva para paliar los efectos que el olvido está causando sobre un rico legado, lamentablemente, en aras de desaparecer.

